

cional. El no conocía más que á su abuelo que resumía la suma de todos los cariños.

Bautista trajo el te, el cigarro de Alencar se acababa y él permanecía en la poltrona, medio amodorrado á consecuencia de la comida copiosa... Y entonces, poco á poco, ante sus párpados cerrados surgió una visión, tomó forma, llenó el aposento. Moría la tarde en una paz elísea. Apareció el peristilo del Hotel Central. Se acercaba un negro canoso, con una perrita en brazos. Pasaba una mujer, alta, de tez ebúrnea, bella como una diosa, ceñida por un abrigo de terciopelo blanco de Génova. Craft á su lado, decía *trés chic*. Y él sonreía al encanto que le producían estas visiones, que tomaban el color, la línea, el relieve de las cosas vivas.

Eran las tres cuando se acostó. Y apenas adormecido, entre la obscuridad de los cortinajes de seda de nuevo, un hermoso día de invierno moría sin una nube, bañado en tintas rosadas: el vulgar peristilo de la fonda dibujábase de nuevo; aparecía el criado negro con la perrita y pasaba una mujer con un abrigo de terciopelo blanco de Génova, más alta que un sér humano, bella y altiva como una Juno que remonta el Olimpo; brillaban las puntas de los zapatitos charolados y las faldas ondeaban detrás de ella como banderas al viento. Y pasaba, pasaba... Craft decía: *trés chic*. Después todo se confundía y sólo veía Alencar, un Alencar colosal llenando el firmamento ocultando el brillo de las estrellas con su levita mal cortada, con las greñas alborotadas por el vendaval de las pasiones, levantando los brazos y clamando al espacio:

¡Abril chegou, sê minha!

VII

En Ramillete, con las tres ventanas abiertas, que bebían la cálida luz de un bello día de Marzo, Alfonso de Maia y Craft jugaban al ajedrez junto á la chimenea, sin lumbre ahora, adornada de plantas y flores como un altar doméstico. En una faja oblicua de sol, el reverendo Bonifacio dormía la siesta.

Craft se convirtió en pocas semanas en íntimo de Ramillete. Carlos y él tenían aficiones y gustos parecidos. El *bric-à-brac*, el *bibelot*, la esgrima, hicieron que trabaran relaciones seguidas y que resultaban agradables para ambos. Alfonso, por su parte, sintió luego alta estima por aquel gentleman de buena raza inglesa, instruido y robusto, de grave aspecto, de costumbres rígidas, que sentía y pensaba con rectitud. Eran ambos entusiastas de Tácito, de Macanlay, de Buzke hasta de los poetas *lakistas*. Craft era fuerte en el ajedrez y los viajes largos y peligrosos dieron á su carácter una solidez de bronce. Para Alfonso de Maia, "aquel era un hombre hecho y derecho." Craft, gran madrugador, salía temprano de Olivares á caballo, y muchas veces se presentaba de sopetón en Ramillete, pidiendo de almorzar. Por las noches no faltaba nunca, diciendo que por fin había encontrado en Lisboa un rincón-

cito donde se podía conversar bien sentado, cambiando ideas y en un ambiente de buena educación.

Carlos salía poco de casa; trabajaba en su libro. La clientela no acudía y sólo le quedaban tres enfermos en el barrio; comprendió que los caballos, los carruajes, su lujo, le condenaban irremisiblemente al *dillettantismo*. Ya el doctor Teodorio le dijo un día con franqueza: "¡Es usted demasiado elegante para médico! Sus enfermas le miran con buenos ojos. ¿Cuál será el burgués que le confie su esposa dentro de una alcoba? Usted aterrará al pater-familias." El mismo laboratorio le perjudicó. Los colegas decían que Maia, rico, inteligente, ávido de innovaciones, de modernismos, hacía experimentos fatales para sus enfermos. Burláronse mucho de su teoría de suprimir las epidemias mediante la inoculación de los virus. Decían que era una ilusión. Y él refugiábase en la redacción de la obra sobre medicina antigua y moderna, *su libro*, corregido con pulcritud de artista rico, que le daba ocupación intelectual para uno ó dos años.

Aquella mañana, mientras á dentro proseguía grave y silenciosa la partida de ajedrez, Carlos, sentado en la terraza, bajo el toldo, leía una *Revista* inglesa acabando su cigárro, bañado por la caricia cálida de aquel soplo de primavera que hacía desear árboles y céspedes.

Junto á él, en otro sillón de bambú, el señor Salcede hojeaba el *Figaro*. Con las piernas estiradas, en indolencia familiar, teniendo al amigo Carlos al lado, viendo las rosas de los rosales de Alfonso, sintiendo á la espalda, á través de las ventanas abiertas, el rico y noble interior de Ramillete, el hijo del prestamista saboreaba una de esas horas deliciosas que últimamente encontrara en la intimidad de los **Maias**.

Al día siguiente de la comida del Hotel Central, fué á dejar su tarjeta al palacio de los Maias. Era aquélla un objeto muy complicado. En una de las puntas aparecía un retrato en fotografía, un capete con plumas sobre el nombre.—DÁMASO CÁNDIDO DE SALCEDE—y debajo sus distinciones—COMENDADOR DEL CRISTO.—Abajo su dirección.—*Calle de Santo Domingo, en Lapa*.—Pero estas señas estaban tachadas y al lado, en tinta azul, aparecían estas otras, más aparatosas: GRAND HÔTEL, BOULEVARD DES CAPUCINES, CHAMBRE NÚMERO 103.—Después envió otra tarjeta, por un criado, al consultorio. Por fin, una tarde, en Aterro, viendo pasar á Carlos á pie, corrió hacia él, colgóse de los faldones y consiguió acompañarle á Ramillete.

Desde que entró en el patio rompió en exclamaciones de admiración y asombro y cuando Carlos le llevó al *fumoir* y le ofreció un cigarro, explicó sus aficiones á su ídolo. Lisboa le parecía *chínfrin* y sólo estaba á gusto en París donde el género "hembra" valía verdaderamente la pena. Gustábale el *bric-à-brac*; pero hasta cierto punto. Las sillas antiguas, por ejemplo, no le parecían buenas para sentarse. La lectura... ¡Oh! la lectura sí que le placía; era su fuerte. Pero, tenía que confesarlo, le habían recomendado á Daudet y no le acababa de entender. Sería *chic*; mas le parecía confusote. De joven perdía siempre las noches; pero ahora ya no le convenía... aun cuando alguna vez se permitiera una escapadilla...

Sus preguntas fueron tremendas. ¿El señor Maia creía *chic* tener un *cab* inglés? ¿Qué le parecía más elegante para un joven que quisiese ir al extranjero en verano, decidirse por Niza ó por Trouville?... Después, al salir, muy serio, casi conmovido, pre-

guntó al señor Maia (si el señor Maia no hacía de ello un secreto) cual era su sastre.

Y desde aquel día no le dejó á sol ni á sombra. Si Carlos aparecía en el teatro, levantábase inmediatamente Dámaso del sillón y pisando la cola de las señoras, dando con el codo á los hombres, abriendo el *clac* con ruido, íbase hacia el palco y se colocaba al lado de Carlos, junto al antepecho, procurando que se le viera y que luciesen los gemelos de los puños, que eran dos enormes bolas de oro. Una ó dos veces entró casualmente Carlos en el Gremio. Dámaso dejó inmediatamente la partida, con gran indignación de sus compañeros, y le siguió como un mastín á través de las diversas salas. En una de aquellas ocasiones, habiendo Carlos soltado un dicho muy gracioso, Dámaso empezó á reír á carcajadas, apretándose los ijares, tumbándose en un sofá, diciendo que se moría de risa. Los socios hicieron corro; Dámaso repitió el chiste; Carlos se fué, vejado. Llegó á odiarlo; le contestaba sólo con monosílabos; daba bruscamente la vuelta al *dog-cart*, á riesgo de estrellarse, si le veía de lejos. En vano: Dámaso se había convertido en su sombra, y para siempre.

Después, un día, Taveira apareció en Ramillete contando un hecho extraordinario. La víspera en el Gremio, en un grupo, un tal Gomes, hablando de los Maias, levantó la voz, diciendo que Carlos era un asno. Dámaso, que estaba al lado, hojeando la *Ilustración*, se levantó muy pálido y dijo que, teniendo la honra de ser amigo del señor Maia, rompería el bastón por la cara del señor Gomes si se atrevía á repetir lo dicho. Y el pobre señor Gomes se tragó la afrenta, con los ojos bajos, porque era raquíptico de nacimiento... y porque debía muchos meses de alquiler á Dámaso, en una de cuyas casas vivía. Al-

fonso de Maia halló muy brillante aquel hecho y por deseo suyo Carlos invitó á Dámaso á comer en Ramillete.

Aquel día pareció al señor Salcede el más glorioso de su existencia. Pero aun le pareció mejor aquel otro en que Carlos, un poco indispuerto, le recibió en su habitación, en su cama, como un amigo... Desde entonces databa su intimidad, por más que continuaba tratando de *usted* á Carlos. Aquella misma semana reveló útiles aptitudes. Fué á despachar á la Aduana una caja que llegaba para Carlos. (Villaza estaba en Alemtejo). Apareciendo otra vez en que Carlos copiaba un artículo para la *Gaceta Médica*, ofreció su buena letra, letra prodigiosa, de una corrección litográfica; y desde entonces se pasaba horas y horas en el despacho de Carlos, aplicado y colorado, con la punta de la lengua entre los labios, muy abiertos los ojos, copiando apuntes, transcripciones de Revistas, materiales para el libro... Tanta asiduidad bien merecía un *tú*. Carlos se lo dió.

Dámaso, en tanto, imitaba á Maia con una minuciosidad escrupulosa, desde los zapatos al corte de la barba, que ya se dejaba crecer. Siempre llevaba el coche abarrotado de antiguallas, y cuando veía algún conocido, abría la portezuela con igual cuidado que si se tratara de un sagrario y enseñaba la preciosidad:

—¿Qué te parece? ¡*Chic* supremo! Quiero enseñárselo á Maia. Mira, fijate. Pura Edad Media; del reinado de Luis XIV. ¡Carlos va á reventar de envidia!

Aquella envidiada intimidad tenía para Dámaso ratos crueles. Le aburría soberanamente oír, hundiéndose en una poltrona, las interminables discusiones de arte que sostenían Carlos y Craft. Y llegó á amos-

carse un poco cuando, en el laboratorio, sirvió su cuerpo para hacer experimentos de electricidad. "Parecían dos demonios ensañándose en mí, decía á la condesa de Gouvarinho; desde entonces les tengo horror á los tales experimentos..."

Pero todo aquello quedaba ampliamente recompensado cuando, por la noche, en un sofá del Gremio ó tomando té en una casa amiga, podía decir:

—Hoy he pasado un día divino con Maia; tiramos un rato, discutimos... ¡Un día *chic!* Mañana tenemos trabajo con Maia... Vamos á buscar unas colchas.

Precisamente aquel domingo tenían que ir por las colchas á Lumiar. Carlos quería un *boudoir* revestido de colchas antiguas de raso bordadas de dos tonos especiales: perla y oro. El viejo Abraham escudriñaba todos los rincones de Lisboa para proporcionárselas y por fin avisó á Carlos la existencia de dos preciosidades, *so beautiful! oh! so lovely!* en casa de unas señoras Medeiros, que esperaban á Carlos á las dos...

Por tres veces Dámaso había tosido y mirado el reloj; pero viendo que Carlos estaba enfrascado en la lectura de una Revista, continuó leyendo el *Figaro*. Por fin el reloj de Luis XV cantó argentinamente las dos...

—¡Buena es esa! —exclamó de pronto Dámaso.— ¡Ahora aparece mi Susana, mi Susanita!

Carlos le miró.

—Oye, Carlos. Oye, que esta es buena. Esa Susana es una chiquilla que amé en París... ¡Una novela! ¡Se prendó de mí, se quiso envenenar, qué sé yo! Pues en el *Figaro* veo que debutó en *Folies Bergère*. ¡Tiene gracia! Era una muchacha muy *chic*. ¡Y el *Figaro* dice que tuvo aventuras! Naturalmente, sabrá lo que le pasó conmigo... Todos lo sabían en

París... Tenía unas piernas muy hermosas... ¡Lo que me costó librarme de ella!...

—¡Así son todas! —exclamó Carlos, refugiándose en la Revista.

Dámaso era interminable, torrencial, inundante, hablando de sus "conquistas...". Imaginaba que todas las mujeres padecían por su persona y por su elegancia. Y era así en Lisboa. Rico, bien visto en la sociedad, con coche y tronco, todas las muchachas tenían para él miradas tiernas. Y en el *demimonde* tenía también gran prestigio. Desde mozo era célebre en la capital por poner casa á las españolas. A una llegó á ponerle carruaje alquilado por meses. Y este fausto excepcional, le convirtió en un Juan V de las prostitutas. Se sabía también sus relaciones con la vizcondesa de Gafanha, un esqueleto revocado, flácido, repugnante, que conocieron todos los hombres válidos del país: tendría unos cincuenta años cuando le tocó el turno á Dámaso, y aun cuando distaba mucho de ser una delicia tener en brazos aquel esqueleto crujiente y lúbrico, al pensar que había dormido en un lecho real y que unos bigotes augustos habían rozado su cara, Dámaso sentíase fascinado y se pegó á sus faldas con tanta tenacidad, que la decrepita criatura tuvo que sacudírselo á fuerza de chascos y desdenes. Después gozó de una tragedia: una artista del *Príncipe Real*, una montaña de carne, apasionada por él, una noche de borrachera, se tragó unos fósforos; naturalmente unas horas después estaba tan campante, no sin haber vomitado abominablemente en el chaleco de Dámaso, que lloraba á su lado. Desde entonces aquel hombre enamorado se juzgaba fatal. Como decía á Carlos, después de tales dramas temía, temía verdaderamente mirar á una mujer.

—¡Qué escenas ocurrieron con Susana!—murmuró.

Y de nuevo se enfrascó en el *Figaro*. Dentro, continuaba la partida. En la sombra del toldo, los reflejos del sol iluminaban con tonos de oro claro los jarrones y macetas y volaban las primeras mariposas; abajo verdeaba el jardín, donde cantaba el agua de la cascada y aquí y allá fulguraban el color rojo y amarillo de las rosas; los pétalos de las últimas camelias... El trozo de río que se veía entre las casas, era azul como el cielo, y entre el cielo y el río ponía el monte una faja verde oscura, casi negra. Un reposo durmiente de domingo envolvía el barrio, y muy alto, en el aire, pasaba el claro repique de una campana.

—El duque de Norfolk ha llegado á París,—dijo Dámaso.—El duque de Norfolk es *chic* ¿verdad, Carlos?

Este, sin levantar la vista, hizo un ademán que quería expresar lo infinito del *chic*.

Dámaso dejó el *Figaro* para poner un cigarro en la boquilla y luego se quedó chupando gravemente, como si de aquella ocupación dependiera su felicidad.

—Hoy estás guapo, Dámaso—dijole Carlos, que había soltado la *Revista* y le contemplaba con melancolía.

Salcede brincó de gozo y se miró los zapatos charolados y las medias de seda, color de carne.

—Sí, estoy bien, pero muy *blasé*.

Y realmente tenía aspecto aburrido cuando se levantó para tomar la *Gaceta Ilustrada* y ver lo que "ocurría en la patria." Apenas le hubo echado una ojeada, soltó una exclamación.

—¿Otro debut?—preguntó Carlos.

—No, es el gazzápiro de Castro Gómez.

La *Gaceta Ilustrada* decía así; "El señor Castro Gómez, que fué víctima de su celo cuando la desgracia de la Plaza Nueva, está restablecido por completo y es esperado hoy en el Hotel Central. Nuestra felicitación más sincera al arrojado gentlemán."

—¡Ah! ¿Ya está S. E. restablecido? Pues ahora es ocasión de decirle lo que pienso de él... ¡Estúpido! ¡Zoquetel!

—¡Hombre! No exageres—contestó Carlos.

—¡Ya! Veríamos lo que te parecería tratándose de ti. ¡Es un cernícalo, un salvajel!

Y por vigésima vez repitió á Carlos lo ocurrido. Desde que se vieron en el viaje de Burdeos á Lisboa, le había enviado dos tarjetas, sin recibir contestación, y cuando le ocurrió el percance de Oporto, en la Plaza Nueva, envió también dos telegramas, uno de sentimiento, lamentando lo ocurrido; otro pidiendo noticias. ¡Ni á uno ni á otro contestó el muy brutal!...

—No—exclamaba Salcede, paseando por la terraza—no, á nadie tolero semejante injuria! ¡Ya sabrá lo que es bueno!... A nadie le tolero semejante grosería.

Y fruncía el ceño, amenazador. Desde que en el Gremio el raquítico inquilino calló ante él, Dámaso aparecía feroz. Por cualquier motivo trataba de "romper almas."

—¡A nadie!—repitió—¡á nadie se lo tolero!

En aquel instante se oyó la voz de Ega.

—¡Hola, Damasito!... Oye, Carlos, ¿quieres oír una palabra?

Bajaron al jardín.

Allí, después de contarle sus apuros, una letra que vencía y veinticinco libras que debía á Eusebio y que éste reclamara en una carta indecente, preguntó á Carlos si tenía dinero.

—Quiero pagar á ese canalla y luego darle en la cara con la carta... Lo triste es que sólo tengo quince tostones...

—Eusebio es un muchacho ordenado... En fin, que quieres ciento quince libras—dijo Carlos.

Ega vaciló, ruborizándose. Acudía de continuo á la caja de su amigo como á un manantial inagotable...

—No; me bastan ochenta. Empeñaré el reloj y el gabán... ya no hace frío...

Carlos sonrió y subió á su habitación para extender el cheque, que fué de ciento veinte libras, á fin de que Ega quedase *armado*.

—Gracias, muchacho—dijo Ega en cuanto Carlos le entregó el cheque.

Y empezó á despotricar contra Eusebio. Pero ya tenía la venganza. Le enviaría la cantidad toda en moneda de bronce en un saco, con una rata muerta y una carta que empezara así: "*asquerosa lombriz, inmunda chinche, ahí te arrojo al hocico...*"

—No sé cómo puedes consentir que un sér tan repugnante caliente tus sillas...

Pero no valía la pena de hablar de él. Quiso saber cómo estaba el libro de Carlos. Habló también de su *Atomo*, y por fin, en voz distinta, dijo:

—¿Por qué no has vuelto á visitar á los Gouvarinho?

Carlos dijo que se aburría.

Ega se encogió de hombros. Aquello le parecía una puerilidad.

—Tú no te fijas en nada... Siente una pasión por ti... Basta que se pronuncie tu nombre para que se le suba la sangre al rostro.

Y como Carlos reía, incrédulo, Ega, muy grave, dió su palabra de honor. El día anterior lo vió bien claro, estando en casa la condesa.

—No te engañó, chico... ¡Le gustas! Será tuya cuando quieras...

A Carlos le hacía gracia aquella naturalidad metafísica con que Ega le inducía á quebrantar una porción de leyes religiosas, morales, sociales, domésticas...

—¡Bah!—exclamó Ega—no me vengas con repulgos. Si se te ha pegado la sarna de la virtud, métete en una Cartuja y comenta el *Ecclesiastés*.

—No—contestó Carlos, sentándose perezosamente en un banco,—mi escrúpulo no es tan noble. Es que el conde me fastidia.

Ega se sentó á su lado, miró el suelo enarenado y dijo, soltando una á una las palabras, con melancolía:

—¡Mira, ayer oí, de diez á una, á pie firme, la historia entera del Banco Nacional!...

Era casi una confidencia, un desahogo del secreto tedio que le acometía en la sociedad de los Cohen. Carlos se enterneció.

—¡Pobre Ega! ¿Toda la historia?

—Y, además, la relación de cuanto ocurrió en una junta de accionistas. Y me interesé, y dí mi parecer. La vida es un infierno.

Subieron á la terraza. Dámaso, que se limpiaba las uñas, preguntó á Ega:

—¿Está ya decidido?

—Sí, se decidieron hoy. No habrá *cotillón*.

Tratábase de un baile que querían dar los Cohen para celebrar el santo de Raquel. Ega había tenido la idea de un baile histórico, de una resurrección de los saraos de la época de don Manuel. Pero se vió que tal fiesta era irrealizable en Lisboa, y se tuvo que adoptar un plan más sencillo, un simple baile *costumé*, á capricho...

—¿Ya has decidido cómo irás?—preguntó Ega á Carlos.

—De dominó, de dominó negro, como conviene á un hombre que estudia ciencia.

—¡Bah! Si se trata de ciencia, ve de beata y zapatos de orillo. La ciencia se cultiva en casa, y de zapatillas... Nadie ha descubierto jamás una ley universal metido en un dominó. ¡Qué cursi!...

Precisamente Raquel quería evitar la monotonía de los dominós... Y Carlos no tenía disculpa. Con su espléndida figura de caballero del Renacimiento, debía, por lo menos, honrar el salón con un soberbio Francisco I.

—En esto estriba, precisamente, la belleza de un baile de máscaras. ¿No le parece, Dámaso? Todos deben aprovechar su figura... La condesa de Gouvarinho estará muy bien. Tuvo una inspiración. Con su pelo rubio, su nariz pequeña y los pómulos salientes, será una Margarita de Navarra.

—¿Quién es Margarita de Navarra?—preguntó Alfonso de Maia, saliendo á la terraza, acompañado de Craft.

—¡Margarita, la duquesa de Angulema, la perla de los Valois, la señora condesa de Gouvarinho!...

Rió mucho y explicó que se trataba del baile de los Cohen. Y apeló ante Alfonso y Craft del nefando dominó de Carlos. ¿No parecía aquel mocetón, con su aspecto de hombre de armas, pintiparado para un soberbio Francisco I en toda la gloria de Marignán?

El viejo miró con complacencia la belleza varonil de su nieto.

—Si, tal vez tengas razón, John, pero Francisco I, rey de Francia, no puede apearse de un coche y entrar solo en la sala. Necesita una corte, heraldos,

escuderos, caballeros, damas, bufones, poetas... y todo esto es difícil.

Ega se inclinó. Sí, aquello era comprender la índole de un baile.

—Y tú ¿de qué vas?—preguntó Alfonso.

Era un secreto. Le parecía más oportuno dar una sorpresa. Dos amigos cenaban juntos y luego, á las pocas horas se encontraban en el baile, uno bajo la púrpura imperial de Carlos V y otro con la escopeta y traje de un bandido calabrés...

—Yo no guardo secreto—exclamó Dámaso.—Yo voy de salvaje.

—¿Desnudo?

—No; de Nelusko. ¿No le parece *chic* á don Alfonso de Maia?

—*Chic* no expresa bien la idea—replicó sonriendo Alfonso;— es *grandioso*.

Quisieron saber el disfraz de Craft. Craft no se disfrazaba; se quedaría en Olivares, de bata.

Ega se encogió de hombros. Aquella indiferencia por él baile de los Cohen le hería como una injuria personal. Aquella fiesta tenía gran importancia á sus ojos; le parecía una solemnidad artística. Los dominós, las abstenciones se le antojaban pruebas de evidente inferioridad de espíritu. Citó entonces el ejemplo de Gouvarinho; era hombre serio, de posición política, *ministtable*: pues bien, iría de *marqués de Pombal*.

—*Reclame* para ser ministro,—arguyó Carlos.

—No la necesita—replicó Ega.—Tiene todas las condiciones necesarias para ser ministro; voz sonora, lee á Mauricio Block, está entrampado y es un asno!...

Y mientras los demás reían á carcajadas, él arrepentido de abrumar de aquel modo á un caballero que se interesaba por el baile de los Cohen, añadió:

—Pero es muy buen chico y no se da importancia. Es un ángel.

Alfonso le reprendió, risueño y paternal:

—Ya ves, John, como no respetas nada...

—El desacato es ley del progreso. Quien respeta decae. Se empieza por admirar á Gouvarinho, se llega á reverenciar la monarquía y se llega á venerar al Todopoderoso... ¡Es preciso ser cauto!

—Calla, John, calla; eres el Antecristo en persona...

Ega iba á contestar, exuberante y con gracejo, cuando dieron horas.

—¡Qué! ¿Las cuatro?

Quedó aterrado, miró su propio reloj, repartió apretones de manos y desapareció como un soplo.

Los demás tampoco creían que fuera tan tarde.

Ya había pasado la hora de ir á ver las colchas...

—¿Quiere tirar un ratito, Craft?—preguntó Carlos.

—Sea; y hay que dar la lección á Dámaso.

—Es verdad—contestó éste sin entusiasmo, con una sonrisa mustia.

La sala de esgrima estaba en los sótanos. En días nublados era preciso encender el gas. Dámaso siguió á sus amigos, como una res desconfiada.

Aquellas lecciones, que solicitara por amor al *chic*, se le iban haciendo odiosas. Aquella tarde, apenas se puso el plastrón y la careta, empezó á sudar, á palidecer. Delante de él, Craft, con el florete en la mano, le parecía cruel y bestial, con sus hombros de Hércules sereno, y la mirada clara y fría. Los dos aceros se tocaron y Dámaso se estremeció de pies á cabeza.

—¡Firme!—gritó Carlos.

El desdichado se equilibraba lo mejor que podía; el florete de Craft vibró, relampagueó, voló hacia

él; Dámaso retrocedió asustado, sofocado, tambaleándose...

—¡Firme!—rugía Carlos.

Dámaso exhausto, bajó el arma.

—No puedo remediarlo, me pongo nervioso. Y no puedo saltar... Si fuese un ejercicio de fuerza, ya verían ustedes...

Así acababa siempre la lección. Y permanecía largo rato sentado, haciéndose aire con el pañuelo, pálido como un difunto.

—Me voy á casa—dijo al cabo de un rato.—¿Quieres algo, Carlitos?

—Quiero que vengas á comer mañana... Estará el marqués...

—Muy *chic*, no faltaré.

Pero faltó, y en toda la semana aquel mozo puntual no apareció por Ramillete. Carlos pensó que estaría malo, y una mañana fué á su casa. Allí le dijo un criado que el señorito estaba bueno y sano y que había salido á caballo. Se dirigió al almacén de Abraham; tampoco viera el judío desde días antes al señor Salcede, *that beautiful gentleman*. La curiosidad de Carlos llevóle al Gremio: no se sabía allí nada de Salcede. “Estará—pensó Carlos—de luna de miel con alguna bella andaluza.”

Estaba al final de la calle de Alacrim cuando vió al conde de Steinbroken, que se dirigía á pie al Aterro, seguido por su coche al paso. Era la segunda vez que el diplomático salía después de su enfermedad. Pero ya no quedaban vestigios de su dolencia é iba muy guapetón con gabán de entretiempos con una rosa té en el ojal. Declaró á Carlos que “estaba más *fuerrrte* que nunca.” Sentíase enternecido al ver las simpatías que le demostró Lisboa. Estaba enternecido. Sobre todo le había puesto casi bueno

el cuidado de S. M. el Rey. Las relaciones entre Portugal y Finlandia no habían sido nunca "tan cordiales como durante el período de su enfermedad.."

Después, tomando el brazo de Carlos, le recordó el ofrecimiento de su abuelo, que puso Santa Olavia á su disposición, para restablecerse. Desgraciadamente estaba muy lejos; no podría ir más que hasta Cintra. *C'était ennuyeux mais...* Europa estaba en un momento de crisis y era preciso estar en la brecha, observar, informar...

—*C'est très grave...*—añadió con una mirada des-pavorida—*c'est excessivement grave.*

Dijo á Carlos que diera una ojeada á Europa. Por todas partes inquietud, alarma... Aquí la cuestión de Oriente, allí el socialismo... acullá el Papa... ¡Oh, *très grave!*

—Tenez, la France par exemple... D'abord Gambetta. Oh, je ne dis pas non, il est très fort, excessivement fort... Mais... Voilà... C'est très grave... Je vais vous dire une chose, entre nous.

Carlos ya no le escuchaba, no sonreía ya... Desde el otro extremo de Aterro aproximábase, andando aprisa, una señora con andar de diosa, que llevaba pegada á la falda una perrita de color de perla, de formas esculturales, de líneas de mármol antiguo, graciosa, vívida, fuerte. Vestía de oscuro, un cuerpo se *serge* que se amoldaba, dibujándolas, á todas las perfecciones de su cuerpo. Llevaba en la mano una sombrilla fina como un bastón, y de toda su persona se desprendía como un aire de civilización superior en el seno de aquella ciudad antigua. Ningún velo ocultaba entonces sus facciones, que Carlos no pudo detallar, sin embargo. Apenas, entre el esplendor ebúrneo de la tez notó dos ojos negros que se fijaban en los suyos. Maquinalmente dió un paso para seguirla. Steinbroken, á su lado, sin advertir

nada, hallaba á Bismarck aterrador. A medida que se alejaba le parecía más alta, más bella, y aquella imagen falsa de una diosa andando por la tierra, se incrustaba más y más en su imaginación. Steinbroken estaba asustado pensando en el discurso que el Canciller pronunciara en el Reichstag... Sí, era una diosa. Bajo las alas del sombrero aparecían sus cabellos castaños, casi rubios á la luz del día; la perrita trotaba á su lado con las orejas tiesas.

—Sí, no hay duda,—dijo Carlos,—Bismarck es hombre de cuidado...

Pero Steinbroken hablaba ya de lord Beaconsfield.

—*Il est très fort... Je vous l'accorde... excessivement fort... Mais... Voilà... ¿Où va-t-il?*

Carlos miraba para atrás; pero todo le parecía desierto. Steinbroken, antes de enfermar, le había dicho al ministro de Negocios Extranjeros:

—Sí, lord Beaconsfield es muy listo... Se lo concedo... Pero... ¿A dónde va?

—¿No le parece que aquí hay mucha humedad? Con tal que esto no le perjudique...

—¿De verras?—exclamó el diplomático tentándose el estómago y el vientre.

Y no quiso quedarse un momento más. Como Carlos iba ya á recogerse, le ofreció un asiento en su coche.

—Venga á comer con nosotros, Steinbroken.

—*Charmé, mon cher, charmé...*

Arrancó el coche. El diplomático, envolviendo piernas y estómago en un hermoso *plaid* escocés:

—Hemos dado un buen paseo, Carlos... Pero Aterro es bien poco divertido.

¡Que no era divertido Aterro! ¡A Carlos le parecía aquella tarde el lugar más delicioso del Universo! Al día siguiente volvió más temprano. Pero no iba

sola. A su lado aparecía el marido apretado en una chaqueta de casimir casi blanca, con una herradura de diamantes en la corbata negra; llevando la perrita en brazos. Al cruzarse con Carlos le miró sorprendido, como extrañado de ver un sér civilizado y habló con ella en voz baja.

Carlos halló de nuevo sus ojos profundos y serios; pero no le pareció tan bella. Llevaba un vestido de dos colores, carmesí y crema, y en el sombrero á la inglesa, de anchas alas, algo encarnado, relucía, flor ó pluma. Aquella tarde no era la diosa que bajaba de las nubes, que rodaban hacia el mar... Era una linda extranjera que se iba á su hotel.

Volvió tres veces á Aterro y no la vió. Entonces se avergonzó de sus pesquisas de mastín extraviado, corriendo de la rampas de Santos á las calles de Sodré en espera de unos ojos negros, de unos cabellos rubios, de paso en Lisboa y que un vapor del *Royal Mail* se llevaría en breve...

¡Y pensar que todos aquellos días abandonó el trabajo! Y que todas las tardes, antes de salir, se miraba al espejo estudiando el lazo de su corbata!... ¡Ah! miserable, miserable naturaleza...

A fines de aquella semana, Carlos estaba en el consultorio, poniéndose los guantes, dispuesto á salir, cuando el criado levantó el *portier* y dijo:

—¡Una señora!

Apareció un niño muy pálido, de tirabuzones rubios, vestido de terciopelo negro, y detrás una mujer vestida con sencillez y con un velo tupido y apretado como una máscara.

—Creo que llego tarde—dijo vacilando, junto á la puerta.—El señor Maia iba á salir...

Carlos reconoció á la Gouvarinho.

—Oh! señora condesa!

Quitó del diván los periódicos y los libros; ella

miró un momento, como indecisa, aquel asiento amplio y muelle de serrallo; después sentóse en la orilla, con el niño junto á sí.

—Le traigo un enfermo—dijo sin levantar la voz, como hablando del fondo de aquel velo que la tapaba.—No le he mandado llamar porque no es cosa de cuidado y además tenía que pasar hoy por aquí... Mi niño es muy nervioso, y cuando ve entrar un médico se le antoja que va á morir. Así parece que se trata de una visita... ¿Verdad que no tienes miedo, Charlie?

El niño no contestó; de pie, junto á su madre, devoraba á Carlos con sus grandes ojos tristes.

Maia puso un tierno interés en su pregunta.

—Y ¿qué tiene?

Días atrás le salió un grano en el pescuezo y además tenía junto á la oreja como una glándula inflamada. Aquello la asustaba. Ella era fuerte, de una buena raza, que produjera atletas y gigantes; pero el conde su marido, á pesar de su sólida apariencia, estaba débil y achacoso. Temía que la influencia debilitante de Lisboa no conviniera á Charlie y pensaba enviarle á Feroselha con su abuelo, á respirar aires más puros.

Carlos, acercando un poco la silla, tendió los brazos á Charlie.

—Venga acá, amiguito, veamos... ¡Qué hermoso pelo tiene, señora condesa!

Esta sonrió. Y Charlie, seriecito, sin aquel terror del médico de que hablara su madre, apartó delicadamente su ancho cuello almidonado y casi entre las rodillas de Carlos dobló su cuello grácil y blanco como un lirio.

Carlos vió apenas una leve mancha rosada. En cuanto á la glándula, ni rastro. Entonces procuró encontrar los ojos de la condesa, comprendiéndolo